

EL PROCESO DE DESIDEOLOGIZACIÓN POLÍTICA

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Gonzalo Fernández de la Mora *

1. INTRODUCCIÓN

El desarrollo empírico de esta cuestión exigiría un análisis comparado de los programas de los grandes partidos políticos desde mediados del siglo xx. No se trata ahora de eso, sino de una introducción al tema, mediante algunas consideraciones teóricas, experiencias representativas, y vivencias propias. Me parece universalmente aceptado que hemos asistido al crepúsculo de las ideologías políticas, y me limitaré a señalar los rasgos principales de ese proceso que se acerca a su final.

2. LAS IDEAS COMO ACCIONES INCOADAS

El hombre es un sistema de dinamismos autónomos. Algunos son totalmente inconscientes, por ejemplo, las funciones que desempeñan millones de células, desde los hematíes a los glomérulos de Malpigio, para conservar las constantes vitales del individuo. Ellos son los protagonistas del desarrollo de cada humano, desde el embrión hasta la muerte natural. La subsistencia biológica depende, en gran medida, de actividades ajenas a nuestra voluntad y, a veces, como las enfermedades, frontalmente contrarias a nuestro deseo.

Hay un segundo grupo de dinamismos, también involuntarios, aunque puedan ser parcialmente controlados, que son los instintivos, los que responden a pulsiones vitales básicas como la conservación y la reproducción.

* Sesión del día 11 de abril de 2000.

Hay un tercer grupo de acciones que son las reflejas o pautadas, desencadenadas por un estímulo, o las adquiridas y consolidadas en un hábito. Por ejemplo, el movimiento de una pierna cuando se golpea la rodilla, o la acción compleja cuando se está pensando en cosa enteramente diferente del trabajo efectuado casi mecánicamente.

Hay un cuarto grupo de acciones que se llevan a cabo movidas por una pasión o una emoción. A este grupo pertenecen la mayoría de los comportamientos humanos, determinados por el placer o el displacer.

Hay, en fin, las acciones que se ejecutan después de que la razón haya determinado que el fin es posible (a veces, si es lícito) y cuáles son los mejores medios para alcanzarlo. Estos son los actos propiamente racionales, exclusivos del hombre. Suelen ser pocas las personas que aplican de modo absoluto este principio de racionalidad. A pesar de que el *homo sapiens* cuenta con unos 30.000 años de existencia, la decisión propiamente racional es aún minoritaria y temáticamente sectorial.

Las decisiones racionales se toman en función de ideas. Las circunstancias sobre las que se va a operar se han convertido en una interpretación conceptual de realidades temporales y espaciales, o sea, en ideas. El proyecto de acción sólo está en la mente, es otra idea. El cálculo de la adecuación de los medios al fin propuesto es una especulación, otra idea. La determinación de si la conducta que vamos a llevar a cabo es lícita porque no viola preceptos legales, y es ética porque es compatible con los bienes de los demás, es también una construcción intelectual, o sea, otra idea. Y, en fin, el ejercicio de la voluntad para poner en ejecución el conjunto del plan supone la aceptación de las ideas de ese plan con sus consecuencias. En resumen, las ideas son imprescindibles y decisivas en los comportamientos racionales.

En las conductas humanas, las acciones suelen ser mixtas de biologismo genético, instintos, reflejos, hábitos y raciocinios; pero siempre prevalece uno de tales aspectos, lo cual permite calificarlas.

3. LAS IDEAS Y LA POLÍTICA

El gobernante necesita tener una idea de lo que se propone hacer. Esa idea podrá ser más o menos racional, más o menos moral, más o menos practicable y, más o menos conducente al bien común. Esta apertura a posibilidades axio-

lógicamente contrapuestas no anula el hecho capital de que no hay gestión política posible sin una idea de lo que se pretende hacer. Eso ha sido así desde los orígenes de la convivencia. Y a esa necesidad elitista se añadió la conveniencia de mentalizar a las masas.

Antes de la revolución francesa, es decir, en milenios de absolutismos más o menos templados, la única idea que los gobernantes intentaban transmitir a los gobernados era la de la legitimidad de origen para robustecer en el ciudadano la convicción de que debía obedecer. Así surgió el mito del derecho divino de los reyes y de la sangre real. De hecho, tal legitimidad formal se solía trincar por la violencia de las luchas civiles y de las guerras internacionales. Entonces, el supuesto derecho divino de los reyes era sustituido o complementado con la ley del más fuerte, con la superioridad del beligerante a quien se afirmaba que Dios había dado la victoria. Una vez instaurado el nuevo soberano o la nueva dinastía, éstos reivindicaban para sus sucesores el principio de legitimidad hereditaria en aplicación del recién desviado derecho divino y de la sangre. Este tipo de legitimidad política, casi completamente irracional, se adaptaba bien a las sociedades primitivas, más receptivas a los mitos que a los raciocinios. Y una prueba de que la irracionalidad todavía subsiste en la política es que, no ya en Asia o en Africa, sino en la Europa occidental existen corrientes masivas sobre las legitimidades dinásticas, aunque parece improbable que tales discrepancias puedan desembocar ahora en guerras civiles como todavía aconteció en la España de la segunda mitad del siglo XIX.

A partir de la revolución francesa, se instrumentó en los países alguna forma de sufragio para la elección de legisladores y gobernantes. Este modelo institucional exige la presentación de programas a las gentes, o sea, de ideas. La dificultad de hacer llegar a las masas un esquema de medidas legislativas o gubernativas con su argumentación racional, exigió una simplificación y una patetización de las propuestas al censo electoral. Así aparecieron las ideologías políticas.

Durante la mayor parte del siglo XIX, la apelación al voto popular fue o restringida, como el censitario, o manipulada. Así las ideologías fueron un material para uso de la clase política y de sus escribas. Los partidos decimonónicos no fueron de masas, sino de notables, los periódicos estaban afectados a partidos, los censos electorales permanecieron reducidos, y los escrutinios frecuentemente falsificados. A medida que el sufragio se fue extendiendo, las cúpulas de notables se ampliaron con un entramado de agentes locales, los denominados caciques. Entonces, las ideologías eran todavía un producto minoritario y en parte convencional. Los partidos eran temporales y abundaban los transfuguismos. Las primeras ideologías contemporáneas fueron la liberal y la absolutista, esta última con pretensio-

nes de regreso al Antiguo Régimen. Cuando ese retorno se hizo inviable, surgió la llamada ideología conservadora. En un contexto tan difuso y oportunista se manifestaron los centrismos, ambiguos y oscilantes por definición. La gran mutación ideológica se produjo con la aparición del marxismo que desembocaría en los partidos socialistas de masas, ya en el siglo xx.

Los primeros socialismos, de cátedra y utópicos, el de Saint Simon (1760-1825), quien propuso que un «Consejo Newton» de científicos gobernara la Humanidad, el de Fourier (1772-1837), o el de Proudhon (1809-1865), impugnados por Marx, no produjeron la sostenida movilización proletaria contra la burguesía que, desde la Revolución, había sustituido en el poder a la nobleza. Esto lo conseguiría el marxismo, aunque lentamente. Sólo en el siglo xx, después de decretado el sufragio universal masculino, surgieron en Alemania y otros países partidos socialistas de masas. Como réplica a la gran ideología contemporánea que es el socialismo real o marxismo, aparecieron mestizajes como el liberal-conservador. Entonces, el enfrentamiento ideológico se radicalizó porque el marxismo se presentaba como una concepción del mundo. La tensión se incrementó después de la revolución marxista-leninista en Rusia, el año 1917. A partir de ese momento, las ideologías —liberalismo y socialismo— se estructuran internamente, movilizan a las masas, y en Occidente la política se ideologiza de modo intenso y casi total.

Ante la impotencia de las posiciones liberal-conservadoras para contraponerse al socialismo real, en Italia y Alemania se forjan dos ideologías novísimas de difícil clasificación: el Fascismo y el Nacionalsocialismo. Derrotados ambos por las armas en 1945, la dialéctica ideológica retornó al dualismo de entreguerras: liberalismo frente al socialismo real. La tensión llegó a ser tan fuerte que la controversia se transformó en guerra fría. Como consecuencia de su intrínseca inviabilidad y acosado por EE.UU., la Nato y el Vaticano, el socialismo real se derrumbó en 1989, y el liberalismo se impuso con diversos nombres como neoliberalismo, democristianismo, centrismo, populismo, etc. Así se llega a la desideologización actual que, en inaceptable versión norteamericana, sería el fin de la Historia a causa de un supuesto monopolio planetario del modelo político y social estadounidense¹.

4. LA DECADENCIA DE LAS IDEOLOGÍAS

En los primeros días de 1965 se publicó mi libro *El crepúsculo de las ideologías*, que intentaba demostrar esta tesis sociológica: la operatividad de las ideo-

¹ Vid. mi «El supuesto fin de la Historia», en *Anales de la Academia de Ciencias Morales y Políticas*, núm. 67, Madrid, 1990, págs. 99-109.

logías políticas disminuye en proporción al desarrollo económico y social en países que hayan adoptado como forma institucional el Estado moderno. La obra fue acogida con hostilidad casi unánime: los ideólogos de diverso signo se consideraron amenazados de extinción, y reaccionaron con virulencia. Una antología de descalificaciones de mi tesis sería muy extensa. Mi posición resultaba incorrecta para casi todos.

¿Cuál fue el hecho que puso en marcha la argumentación empírica y especulativa de mi libro? No la guerra fría entre liberalismo y socialismo que estuvo a punto de convertirse en tórrida. El fulminante de mi meditación fue un hecho que pasó sin pena ni gloria ante los politólogos y sociólogos; pero que, con el transcurso del tiempo, ha resultado ser un decisivo punto de inflexión en los usos políticos contemporáneos: el congreso del Partido Socialista Alemán (SPD), celebrado en Bad Godesberg a fines del año 1959. Recuerdo que recurrí al Agregado de Prensa a la Embajada de España, mi desaparecido amigo Luis López-Ballesteros (hijo del traductor de la obra completa de Freud), quien logró reunir la documentación del Congreso y me la hizo llegar en la primavera de 1960. La estudié con detenimiento: el socialismo europeo por excelencia, el germano, renunciaba a la dictadura del proletariado, a la lucha de clases, a representar al proletariado, a las nacionalizaciones sistemáticas, y contemporizaba con el libre mercado. ¿Retórica o realidad? Pronto fue evidente que el socialismo alemán apostataba de su ideología originaria y, en esa misma medida, se desideologizaba.

Quise confirmar mi hipótesis estudiando la última evolución del laborismo inglés, arrastrado por una pasión nacionalizadora desde febrero de 1946 hasta finales de 1951 y desde octubre de 1964 hasta 1970, entregado al keynesianismo estatalizante, redistribuidor e inflacionario. Fueron los mandatos de C. Attlee y H. Wilson. El laborismo en su congreso de Brighton (1957) había aprobado la ponencia *Industry and society*, que era una apoteosis estatalizadora. Sin embargo, acaso amparado en la tradición fabiana, pronto inició su camino de Damasco con el programa *Plan for progress* (1958): «no hay ningún tipo de control que sea una panacea para nuestros problemas». Y prometía estimular la competencia. Era el fin del socialismo inglés, ya en convergencia con el liberalismo. El proceso británico culminaría, después, en el libro de su líder Wilson, *Purpose on politics* (1964) donde acentuaba la desideologización del partido: «No debemos ser dogmáticos o doctrinarios en cuanto a las nuevas industrias; algunas serán de propiedad privada y otras públicas». Y resumía su programa en un esquema tecnocrático: «Hemos de producir más científicos y utilizarlos».

Mi primera formulación de la tesis de la convergencia de las ideologías políticas fue un artículo sobre la mutación laborista *El socialismo vira a estribor*

(ABC, 21-IV-1959) artículo que, ampliado, se integraría en mi libro. Seis meses después, como consecuencia de la liberalización del socialismo alemán, publiqué el artículo *El socialismo se volatiliza* (ABC, 10-XI-1959) que, ampliado, también se incorporaría al libro. La conclusión de mis análisis sería mi artículo *Distensión y crisis de las ideologías* (ABC, 1-XII-1963) que sería el núcleo de mi obra, redactada en 1964 y terminada de imprimir el 20 de enero de 1965.

5. IDEAS E IDEOLOGÍAS

Aunque parezca un salto atrás en el curso de la exposición, se impone una esencial consideración epistemológica. Si no se puede gobernar una sociedad moderna sin ideas ¿cómo será la política desideologizada? En este reducto dialéctico, que era más bien semántico, se refugiaron los todavía aferrados a la ideologización de la política. Su argumentación se reducía a la falsa identificación de ideologías políticas e ideas.

Una ideología política es una construcción intelectual y, por lo tanto; una idea, pero no una idea cualquiera, sino una idea de muy modesto rango intelectual. En primer lugar, una ideología no es definitoria, sino programática, y su principal contenido no es teórico, sino práctico; es una propuesta de lo que hay que hacer; no se dirige a desvelar la realidad, sino a determinar un futuro; no pretende informar, sino incitar. Es una normativa de preceptos plurales que hay que acatar íntegramente so pena de desviacionismo. Es un imperativo absoluto.

En segundo lugar, la normatividad de una ideología se refiere a la cosa pública, desde el modelo constitucional hasta ciertas reglamentaciones. No se trata de una ética general, sino muy especial, el «deber ser» político.

En tercer lugar, una ideología, aunque de creación elitista, se dirige a las masas, a los mercados populares del pensamiento; es una vulgarización, a veces ínfima en densidad objetiva y racional.

Consecuentemente, y en cuarto lugar, es una simplificación: algo tan complejo como el marxismo se reducía a confiscación de las fortunas privadas, nacionalización de los bienes de producción y reparto igualitario. Cualquier doctrinario del marxismo habría calificado tal esquematización como una caricatura.

En quinto lugar, dicha simplificación se patetiza, o sea, incorpora estados de ánimo colectivos, en el caso del marxismo, la demonización del propietario «explotador» y el espíritu de revancha.

Y, en sexto lugar, esa simplificación normativa, vulgarizada y patética, trata de presentarse, al menos ante las minorías, como un sistema lógico, fundado e imperativo. No es sorprendente que un animal que piensa pretenda justificar sus deseos. Pero la genuina filosofía es búsqueda de la verdad, no fundamentación *a posteriori* de un anhelo, o de un dictado. Los letrados ideológicos adolecen de servidumbre e instrumentación, una condición intelectualmente mísera.

Hay un cierto paralelismo entre ideología y lo que los filósofos griegos, desde los primeros presocráticos hasta los últimos estoicos, denominaban «doxa» u opinión, un producto mental despreciable porque lo situaban entre el conocimiento y la ignorancia. También hay similitudes entre una ideología y las «derivaciones» de Pareto (residuos de intereses y sentimientos en las argumentaciones pretendidamente académicas). En nuestro tiempo, el estatuto ontológico de las ideologías políticas es incluso inferior al de la «doxa» clásica porque, al ser utilizadas por la propaganda partidista, no son simplemente ribereñas de la ignorancia, sino de la falacia.

Frente a la opinión, los griegos postularon la ciencia. Esa contraposición ha llegado hasta nuestros días. Ideologización implica politización. Lo peor que cabe afirmar de una teoría física o biológica es que esté ideologizada. La experiencia de todo gobernante es que cuando una cuestión técnica, como lo son la mayoría de las que ha de resolver el Estado moderno, se ideologiza, se dificulta su tratamiento racional. Para los científicos, la ideologización es un envilecimiento del conocimiento.

El proceso de desideologización política, iniciado en los años sesenta del siglo xx por Inglaterra y Alemania, no era sólo el reconocimiento del fracaso dogmático, sino el tácito intento de convertir la gobernación en una actividad a la altura de la ciencia y la técnica que, en la última centuria, habían alcanzado un nivel relativamente elevado.

6. LA OBJETIVACIÓN DE LA POLÍTICA

Los contenidos de la política son cada vez más económicos y suelen reducirse a decisiones presupuestarias. ¿Cuál es el modo más racional de adscribir los recursos de una sociedad? Esa debatidísima cuestión ha sido resuelta por la teoría y por la experiencia a favor del mercado, sin que ello signifique considerarlo como panacea universal y perenne. ¿Cuál debe ser el criterio hacendístico? Esta cuestión, no menos polémica, se está resolviendo a favor del equilibrio presupuestario y la

limitación de la deuda pública a inversiones rentables y amortizables. ¿Cuál debe ser la parte de la renta nacional que el Estado detraiga a los particulares para administrarla con su burocracia? También la experiencia, no sólo ha ratificado el principio de subsidiariedad (un órgano superior no puede asumir funciones que sean correctamente realizadas por otro inferior), sino que ha llegado a la conclusión de que el particular directamente interesado administra mejor que el funcionario. Consecuentemente, la presión fiscal debe reducirse para que la mayor parte del producto nacional esté en manos privadas, capaces de rentabilizarlo mejor. Estas y otras conclusiones no son el resultado de aplicar un prejuicio político, o sea, una ideología de partido, sino la lección de la teoría y de la práctica económicas.

La situación es análoga en áreas más modestas y concretas ¿Qué vía de comunicación ha de mejorarse antes que otras también necesarias? La que registra mayor tráfico. Eso significa ir jubilando la vieja práctica del aldeanismo o del electoralismo ideológicos. ¿Qué fármacos ha de financiar preferentemente la Seguridad Social? Los medicamentos más eficaces y que incluyan menos gastos de marca y de publicidad. Ello implica, entre otras cosas, enfrentarse con las prácticas equivocadas de automedicación, estimulada por un *marketing* engañoso. Y así sucesivamente.

Todo esto que a mí y, seguramente a mucha gente, parece obvio, era escandaloso hace treinta y cinco años. A medida que los problemas se han objetivado, la política se ha racionalizado, se ha desideologizado.

7. LA CONVERGENCIA CRECIENTE

Las convergencias ideológicas tienen numerosos antecedentes. La primera quizá sea la del liberalismo y el conservatismo en los llamados partidos liberal-conservadores. La segunda fue la del catolicismo con el democratismo, que dio lugar a las democracias cristianas. La tercera se dio entre socialismo y democracia que originó las socialdemocracias. La cuarta fue entre el comunismo y el democratismo que se manifestó en el eurocomunismo. Después de la caída del telón de acero, sólo quedaron dos ideologías políticas en actividad, el liberalismo social o neoliberalismo, y el socialismo de rostro humano o democrático. Ambas ideologías se habían desprendido de sus dogmatismos y radicalismos, y no cesaban de aproximarse.

Hoy, la diferencia entre ambas ideologías es sólo de matiz: más Estado y menos sociedad para la autodenominada izquierda; y más sociedad y menos Esta-

do para la llamada derecha². En la última década, ambas tendencias han tratado de «centrarse» lo que, independientemente de la desustanciación doctrinal que en cada caso se haya producido, es una marcha hacia la coincidencia en un imaginario punto omega.

El caso de la ideología comunista, marxismo-leninismo, o socialismo real no ha sido de convergencia, sino de autonegación. Aunque la mayoría de los que fueron sus doctrinarios cuando la URSS era hegemónica, se hayan travestido de socialdemócratas o simplemente de neoliberales, la ideología comunista agoniza en reductos como China o Cuba. La inmensa bibliografía que invadía los plúteos, bruscamente se convirtió en mera curiosidad erudita. Bastaron pocos meses para que la ideología, que se había impuesto en la mitad del planeta y se infiltraba en la otra media, se desplomara en la nada teórica y en la descomposición política. El programa hiperideologizado ha sido el de más acelerada extinción. La ley sociológica se ha cumplido espectacularmente en el caso práctico más radical: la pura ideología no era mínimamente operativa en un Estado moderno.

A partir de 1976, España registró una gran eclosión partitocrática e ideológica, a redropelo de lo que acontecía en otros países. Parece que ese ciclo tan peculiar va a concluir. Las últimas elecciones generales españolas no sólo han demostrado la progresiva desideologización de los partidos (el PSOE llegó a admitir la disminución de la presión fiscal), sino también la desideologización del electorado que castigó la alianza, aunque ocasional e imprecisa, del PSOE con la comunizante Izquierda Unida, que era la única opción fuertemente ideológica superviviente. Y después de la derrota socialista de marzo, las voces de renovación y de readaptación que se alzan desde el propio partido apuntan a un paso más hacia el realismo y hacia la aproximación al programa del triunfante partido opositor.

Esa convergencia ha tenido manifestaciones internacionales como la cohabitación en Francia, como el turno de partidos en la presidencia de la Comisión de Bruselas, como el laborismo británico que se «centró» en la llamada tercera vía, como la declaración conjunta del socialista inglés Blair y el conservador español Aznar, y como el Manifiesto común del laborismo inglés y el socialismo alemán que, luego, se analizará brevemente.

El imperio mediático, que encabeza el diario madrileño *El País*, llevó una implacable campaña antigubernamental durante el cuatrienio de la legislatura

² Vid. mi «Izquierda y derecha hoy», en VV. AA.: *Derechas e izquierdas en el mundo actual*, Ed. Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 1999, págs. 49-65.

popular. La línea inspiradora estuvo intensamente ideologizada, quizá porque muchos de sus redactores procedían del marxismo. No sólo en asuntos domésticos, sino en política internacional, la ideologización alcanzó máximos en los casos de Cuba, Chile, Ecuador, Taiwan, o Rusia. En ocasiones, parecía que se retornaba a los hipertensos años de la guerra fría. Profundamente ideologizada fue la interpretación de la historia de España no sólo con ocasión de los centenarios del Descubrimiento, de Carlos V, o de Felipe II, sino respecto a la era de Franco, satanizados sin la menor concesión. Un momento de parcialidad difícilmente superable fue la campaña de «santificación» de las sanguinarias y estalinistas Brigadas Internacionales que intervinieron en nuestra última guerra civil.

La antevíspera de las elecciones generales, ese imperio mediático montó un escenario televisivo con responsables de distintos medios del grupo y un sillón vacío que, según se denunció en términos descalificatorios, ni Aznar, ni ninguno de los suyos había querido ocupar cuando les fue ofrecido. Contra tal potencia mediática, el PP logró la mayoría absoluta, es decir, el electorado castigó también a los órganos ideologizados; quizás los vio, escuchó o leyó por curiosidad, pero no se dejó dictar la dirección del voto. Lo mismo que en la cúpula del PSOE, hay signos de que el citado grupo de presión mediático está considerando su distanciamiento de los redactores más ideologizados o insuficientemente reciclados de liberales.

Y la alta abstención, sobre todo, de los jóvenes, en las citadas elecciones generales, pone de manifiesto, más que desencanto y apatía, gran resistencia a la manipulación ideológica porque parece que la abstención fue mayor entre los presuntamente izquierdistas sometidos a una propaganda todavía muy ideologizada.

8. EL MANIFIESTO SOCIALISTA ANGLOALEMÁN

La elección de Blair para liderar al socialismo británico fue un enérgico relevo de los últimos restos del dogmatismo. Igualmente, el ascenso de Schröder a la jefatura del socialismo alemán supuso, casi inmediatamente, la jubilación de Lafontaine, último residuo de los viejos esquemas. Desde estos puntos de partida y como culminación de un proceso desideologizador, iniciado en 1958 y 1959, el 10 de junio de 1999 se hizo público en Londres un Manifiesto³ conjunto digno de análisis.

³ Utilizo el texto inglés. Hay traducción española en *Crónica de Economía*, núm. 4, verano de 1999, págs. 9-24.

El documento se inicia con esta declaración: «La mayoría de la gente hace mucho tiempo que ha abandonado la concepción del mundo representada por dogmas, ya de izquierda, ya de derechas». Este desahucio de la dicotomía que, desde los tiempos de Lenin, habían utilizado los izquierdistas de diverso signo (la autodenominada *gauche divine*) para descalificar a sus adversarios, significa una inicial renuncia no sólo a un sofisma, sino, simplemente, a la ideologización. Desde el campo marxista, se solía afirmar que quien negara la distinción entre derechas e izquierdas era un derechista enmascarado. En tal contexto polémico, a los socialismos británicos y germano habría que alinearlos ahora en el criptoderechismo.

Los ideales proclamados por el Manifiesto son: «honradez (*fairness*), justicia social, libertad, igualdad de oportunidades, solidaridad, y responsabilidad ante los demás». ¿Qué partido político actual no suscribiría tales ideales? Ninguno. En cambio la declaración ignora el igualitarismo de resultados, la lucha de clases, y cuanto distinguía al socialismo clásico.

He aquí algunos rasgos del modelo económico propuesto: «la economía de mercado», y «el gobierno debe hacer todo lo posible para apoyar a las empresas, pero no para sustituirlas». ¿Qué liberal no haría suyo tal punto programático? Este socialismo casi smithiano sería irreconocible incluso para los no lejanos socialdemócratas de la república de Weimar, o del muy próximo Attlee.

El desarrollo de estos principios se convierte en una palinodia rotunda: «hemos de cambiar las viejas concepciones y los tradicionales instrumentos para ejecutarlas». «La justicia social fue a veces confundida con la imposición de la igualdad de rentas...que produjo mediocridad, en vez de creatividad». «La conciencia social no se puede medir por el volumen de gasto público». «El equilibrio entre lo individual y lo colectivo fue distorsionado». «Con frecuencia, los derechos fueron antepuestos a las responsabilidades». «Hemos infravalorado la importancia de la empresa y de los individuos para crear riqueza». Todo esto constituye un gran *mea culpa* socialista.

Reconocen que «las gentes desean gobernantes que aborden los asuntos sin prejuicios ideológicos», con «políticas pragmáticas». «Tener el mismo empleo para toda la vida es algo del pasado». «El gasto público en relación con la renta nacional ha alcanzado los límites de tolerancia». «Los sistemas de seguridad social tienen que adaptarse a las nuevas esperanzas de vida». «El Estado no debe remar, sino llevar el timón». «En todos los niveles, el sector público burocrático debe ser reducido». «Deseamos una sociedad que aclame a los empresarios exitosos como a

los artistas y deportistas». «El Partido Socialista Alemán ha reunido a representantes de partidos, a empresarios y a sindicatos para establecer una alianza para el empleo, la formación y la competitividad». «No puede haber una vuelta a los años setenta con déficit, gasto, y gravosa intervención estatal». «Mercado competitivo y comercio abierto son esenciales». La «reducción de impuestos puede ser esencial». «Hay que introducir tasas más bajas en el impuesto sobre la renta». «Las empresas no deben ser obstaculizadas con reglamentaciones y regulaciones». «Rigidez e hiperregulación impiden el éxito en una economía de servicios». «Hay que elevar los niveles de aptitud en la escolarización». «Se incentivará a los individuos para un ahorro que permita su capacitación». «Seremos campeones de la media y pequeña empresa». «Debe abrirse el mercado europeo de capitales». «No toleramos niveles excesivos de deuda pública». «Trabajo a tiempo parcial y bajos salarios son mejores que desempleo». «La mayor parte de los ingresos deben ir al bolsillo de quienes los ganan».

Esta selección de declaraciones, que recogen lo esencial del Manifiesto, ¿qué partido conservador no la asumiría? No importa aquí la cuestión de si son los socialistas o son los liberales los que han evolucionado más, lo definitivo es que convergen velozmente. El Manifiesto del socialismo angloalemán es uno de los más espectaculares testimonios del crepúsculo de las ideologías políticas contemporáneas.

9. DESIDEOLOGIZACIÓN Y PLURALISMO

Quizá debería reprocharme esta interrogación ignara: la desideologización política ¿elimina las discrepancias y el pluralismo? Seguramente, no. El pensamiento es constitutivamente dialéctico, es un diálogo con uno mismo y con los demás. Se aventura una hipótesis y se compara con su contraria, se formulan objeciones y se llega a una conclusión provisional, que hay que comprobar que no es contradictoria con el sistema adoptado, y que no está desmentida sino ratificada por la experiencia. Y esa conclusión es siempre «falsable», puede ser rectificada o complementada. Así ha procedido y procederá el logos humano.

En las ciencias más desideologizadas hay un núcleo relativamente consolidado y unas fronteras en movimiento donde la discusión alcanza altas tensiones. El pluralismo es la característica más acusada de las avanzadillas de la ciencia pura. ¿Por qué la política no ha de tender a una situación análoga donde el criterio no sea la fidelidad a unos prejuicios ideológicos, sino la coherencia lógica y la eficacia experimental? No hay razón alguna para que no sea así, salvo el indeseable apasionamiento y el infecundo dogmatismo. Desideologizar la políti-

ca no es reducirla a la unanimidad, es racionalizarla, y el progreso es racionalización.

10. NACIONALISMOS

¿Es el nacionalismo una nueva ideología? ⁴. Hay dos clases de nacionalismos: el cultural que reclama respeto para los usos tradicionales de un grupo; y el político que, en último término, pretende la independencia y un nuevo Estado soberano. De esto último se trata, puesto que nadie repudia el folklore y los tipos locales. Algunos se extinguen por sí solos a causa del olvido o de la adopción de otros usos que se considera más gratificantes u operativos.

Los nacionalismos independentistas son egoísmos colectivos: «Lo nuestro para nosotros porque no queremos compartirlo»; es insolidaridad. Tal conducta no es ideológica, es simplemente inmoral, y no es de nuestra época, sino una tentación tribal que asalta a la Humanidad desde sus orígenes. El egoísmo individual o de grupo cae bajo la jurisdicción de la ética, no de la opción opinable ⁵. Los egoísmos colectivos, institucionalizados como soberanos, han vertido ríos de sangre sobre nuestro planeta, y después de varios intentos frustrados de encauzarlos, como el de la *Pax romana*, parece que ahora van a cristalizar en una Unión Europea que acabe con las guerras fratricidas que durante casi tres milenios de Historia documentada han assolado al continente. Los nacionalismos soberanistas son una de las principales encarnaciones del mal en la Historia. No se puede trivializar algo tan grave como si se tratara de preferir la gaita a la lira, o el lemosín al francés. Al cabo de tanto horror belicista, parece que, al fin, los Estados europeos, unidades laboriosamente configuradas, van a renunciar a sus pretensiones soberanas para aceptar un ordenamiento jurídico común, un sólo mercado, moneda única, y la libre circulación de bienes y personas. Obstaculizar con separatismos esa extensión de la solidaridad humana sería una involución trágica.

11. LAS RELIGIONES

Las creencias han sido factores de conflictividad desde tiempos remotos. La torturada trayectoria europea está sembrada de luchas religiosas, que se po-

⁴ Vid. mi «Las presuntas ideologías novísimas», en *Anales de la Academia de Ciencias Morales y Políticas*, núm. 69, Madrid, 1992, págs. 233-243.

⁵ Vid. mi «Ética del nacionalismo», en *Anales de la Academia de Ciencias Morales y Políticas*, núm. 71, Madrid, 1994, págs. 109-123.

drían explicar porque las creencias eran el único lazo de solidaridad humana, aunque sectorial. Todavía hoy en Argelia o la India, por ejemplo, las diferencias de fe amenazan la paz. Pero, después de que el concilio Vaticano II decretara la libertad religiosa, y la Iglesia Católica y las protestantes, salvo la anglicana, renunciaran a la confesionalidad de los Estados, resulta sumamente improbable que la religión funcione como ideología. Los autodenominados, por tradición, «democristianos» se inscriben en Estados laicos y neutrales desde el punto de vista dogmático. Y la frecuente opción de dichos partidos por el llamado mal menor prácticamente anula su dinamismo confesional. En Europa, excepto los Balcanes, y en América se ha superado la etapa de las guerras de religión y, por tanto, la posibilidad de que un credo degenera en ideología política. En otras regiones el problema subsiste, incluso radicalizado allí donde se ha instaurado un régimen coránico estricto.

Hoy en Occidente las creencias religiosas son un noble criterio íntimo para relacionarse con lo Absoluto y con el prójimo, no son pretensiones de convertir los dogmas en derecho coactivo, la *fides* en *ius*.

12. CONCLUSIÓN

Las ideologías políticas, aparecidas al filo de la revolución francesa, alcanzan su apogeo en el período de entreguerras, e inician su decadencia funcional a mediados del siglo xx, para entrar en caída libre después del desplome del telón de acero. El ciclo de la política ideológica está a punto de extinguirse en las sociedades desarrolladas. Es lo previsto desde España, contra una opinión casi unánime, en 1964.

La desideologización es un avance en el proceso de racionalización de la política, y el genuino intelectual debe apoyarlo.